

RICARDO GARIBAY, CRONISTA: LA CONSTANCIA DEL ABEJORRO*

*Gabriel Astey***

RESUMEN: El ensayo explica la teoría del estilo de Ricardo Garibay y la ilustra con ejemplos (acompañados de comentarios críticos) tomados de dos libros del autor: *Acapulco* y *Chicoasén*.



RICARDO GARIBAY, CHRONICLER: THE CONSTANCY OF A BUMBLEBEE

ABSTRACT: The essay explains Ricardo Garibay's theory of style and illustrates it with examples (accompanied by critical comments) taken from two of the author's books: *Acapulco* and *Chicoasén*.

29

PALABRAS CLAVE: Crónica, estilo, periodismo narrativo.
KEY WORDS: Chronicle, narrative journalism, style.

RECEPCIÓN: 16 de octubre de 2023.
APROBACIÓN: 13 de junio de 2025.
DOI: 10.5347/01856383.0154.000316018

* Texto leído el martes 10 de octubre de 2023 en la Sala de Maestros del ITAM, en el marco de la Semana Estudios y en conmemoración del centésimo aniversario de Ricardo Garibay.
** Departamento Académico de Lenguas, ITAM.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.

RICARDO GARIBAY, CRONISTA: LA CONSTANCIA DEL ABEJORRO

En estas páginas, intentaré honrar la memoria de Ricardo Garibay, en su centésimo aniversario, hablando sobre su obra periodística; más específicamente, me ocuparé del género que, a mi parecer, el escritor practicó con más virtuosismo estilístico: la crónica. Con mis palabras, quisiera fungir sobre todo como un portavoz de Garibay, para despertar en mi audiencia el apetito de leerlo (o de releerlo), el deseo de entusiasmarse con su prosa, tan ágil y acrobática cuando habla de asuntos aéreos y ligeros, como cruda e implacable cuando cuenta historias dolorosas y violentas; tan parecida, a veces, a una pieza de filigrana, como semejante, otras, a un torrente de lava.

En 1967, en la época en que se consolidó, tanto en México como en Estados Unidos, el periodismo narrativo¹ —género híbrido, comprometido tanto con el rigor documental del reportaje como con la libertad artística de la novela—, Ricardo Garibay concibió el ambicioso proyecto de escribir una serie de crónicas sobre la vida en México en la segunda mitad del siglo xx; para sacar adelante ese proyecto, pidió ayuda al general Lázaro Cárdenas:

—Mire usted general... Que viva mi familia de modo natural, pues; que se eduquen mis hijos. Y yo disponga de una camioneta con chofer y

¹ Algunos textos representativos del género son los siguientes: Rodolfo Walsh, *Operación masacre* (1957); Truman Capote, *In cold blood* (1966); Hunter S. Thompson, *Hell's angels: The strange and terrible saga of the outlaw motorcycle gangs* (1967); Norman Mailer, *Armies of the night* (1968); Carlos Monsiváis, *Días de guardar* (1970); Luis González de Alba, *Los días y los años* (1971), Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco* (1971).

algunos honorarios, para ir viviendo. Y arranco en Tijuana y termino en Chetumal. Dos, tres, cuatro años. En cada estado de la República, que me acompañe alguien que lo conozca a la perfección. Conforme viaje, iré escribiendo. Al acabar en el sureste tendré un libro, o una filita de libros sobre todo el país. Una visión panorámica, ahora, punteada de minucias, sobre lo que somos hacia el fin de siglo.

El general se entusiasmó. Dejó ver la emoción que le desataba el plan.

—¿Usted podría, querría ayudarme, general?

—No para toda la República —dijo— pero sí para que recorra el Balsas, desde su nacimiento hasta su fin. Son siete estados. La Biografía del Balsas. ¿Le gusta? Para eso sí puedo. Y a lo mejor este primer libro le facilitaría mucho el patrocinio del segundo.

No se hizo. Se interpuso la infinita burocracia. Llegó el atroz 68. Luego vino la campaña de Echeverría, que me despertó el afán —la ingenuidad, la ilusión— de influir buenamente y desde muy cerca en el ánimo del inminente mandatario. Y luego vino la muerte del general.²

En efecto, la desafortunada sucesión de las circunstancias recién enumeradas impidió que Garibay se convirtiera en el Heródoto del México setentero, o en el Apolonio de los argonautas del río Balsas, pero, de esa filita de libros sobre México que no llegó a formarse, dos sí vieron la luz, *Acapulco* (1979) y *Chicoasén* (1985), el primero, como es evidente, sobre el puerto guerrerense, y el segundo, sobre la construcción de la mayor presa hidroeléctrica del país, en Chiapas, en la desembocadura del Cañón del Sumidero. Aunque la materia que alimenta estos dos libros es puntual y, desde el punto de vista geográfico, exigua, por no decir diminuta, si se la compara con el área del territorio nacional, los mapas literarios de Acapulco y de Chicoasén que traza Garibay comparten con esa figura retórica llamada sinécdoque la capacidad de contener el todo en la parte, de representar de manera condensada la realidad de México en la vida de dos comunidades, por lo demás muy diversas entre sí: la primera, una mezcla efervescente y abigarrada de turistas, empleados hoteleros, vividores, delincuentes, militares, policías, guerrilleros, campesinos y pescadores; la segunda, un campamento temporal de ingenieros, obreros, intendentes y cocineras.

² Ricardo Garibay, *Chicoasén* (México: Gernika/SEP, 1985), 61.

Antes de explorar estos dos libros, quiero volver por un momento al planteamiento de Garibay al general Cárdenas: es digno de destacarse el momento de su vida en que lo hizo, siendo ya un hombre maduro. En *Cómo se pasa la vida*, un libro misceláneo de 1977, poblado de anécdotas, ejercicios de crítica literaria, crónicas y ensayos breves, Garibay reflexiona sobre el archiconocido tópico, formulado por el Conde de Buffon en su “Discurso sobre el estilo” (1753), que dice que “el estilo es el hombre” y que, al decir tal cosa, transfiere los rasgos de carácter de quien escribe a sus preferencias léxicas y sintácticas, en una especie de continuidad psicológico-discursiva. En su reflexión, Garibay se alinea con Buffon, da por válida su sentencia, y la refiere a sí mismo; como veremos, es importante para Garibay que el estilo sea el hombre justamente cuando el hombre ya puede sentir en la carne que más o menos pronto dejará de existir, quizá porque solo a partir de ese momento de la vida se aprecia con cuidado el tiempo remanente:

Se escribe como se es. O sea, se escribe desde el temperamento y el carácter. Un hombre suave, suavemente habrá de escribir; y lo contrario un hombre aristoso. Y tanto, que si algún huracanado escribe con tersura es que la tiene de alma, y el huracán, como mera fachada; y será más fácil conocerlo por su *estilo* que por su conducta o por lo que jure de sí. Así de simple o bobo o natural es el misterio aquel que tanto me trasegó en la juventud: *El estilo es el hombre*. Y lo sé cuando cada vez me importa menos tener un estilo y acaso cuando empiezo a tenerlo, es decir, cuando empiezo a ser de veras limitado, estrictamente lo que soy y solo eso y nada más; cuando comienzo a morir.³

A quienes lo hemos leído, a quienes vimos semana a semana *Calidoscopio*, su programa de televisión en Imevisión, no nos cabe duda de que Garibay era un hombre aristoso y no suave, aunque la suavidad se manifestara en él como una de sus aristas... quizá fuera un terso con fachada de huracán; en cualquier caso, la clase de persona en que se convierte quien domina el instrumento expresivo llamado estilo—etimológicamente, el punzón para escribir en láminas de cera—, esto es, la

³ Ricardo Garibay, *Cómo se pasa la vida* (México: UNAM, 1975), 176.

capacidad de trasladar emoción y pensamiento a la pluma, y esgrimir-la como una guirnalda o como una antorcha o como una batuta o como un bisturí, la clase de persona en que un escritor como Garibay se convierte al madurar es, paradójicamente, el repertorio de todas las personas imaginables:

El escritor maduro se transforma en el tema escogido; o mejor, se transforma en el estilo que ha conquistado, y este en el tema escogido —que una vez conquistado el estilo aparecerá el verdadero problema: adecuar ese a cada asunto, transformarlo, sin que deje de ser idéntico a sí mismo, en cada propósito; y donde esto no se consigue no hay escritor que lo sea enteramente [...] Se transforma en su tema el escritor, desaparece en el mundo que él hace existir, como si el mundo cobrara, con el ser del escritor, su entrega.⁴

Esta teoría garibayana del estilo es engañosamente simple; en realidad, refuta la candidez con que Buffon identifica el carácter personal con la escritura. De acuerdo, admite Garibay: el estilo transparenta al escritor, pero el escritor es un hombre proteico, que debe poder convertirse en cualquier persona, de manera que el dominio del estilo equivale al virtuosismo en la capacidad de transformarse, así sea solo verbalmente, en todos los demás seres humanos.

Ahora bien, sin desmentir lo anterior, es necesario agregar que, desde el punto de vista técnico, el estilo es una manera más o menos sistemática de usar la lengua; en términos de Garibay:

El estilo no es más que una sintaxis específica. El escritor no es más que su propia sintaxis, su manera personalísima de unir y coordinar las palabras para formar oraciones. Esa manera supone también un diccionario privado, una particular simpatía por determinadas palabras a todo lo ancho del río del idioma. Ser escritor de veras es ser una especial ordenación de los vocablos, donde refulgen intermitentemente algunos de ellos. Un escritor de veras no es más que unas cuantas docenas de palabras predilectas. Para encontrarlas, hay que invertir las tres cuartas partes de la vida.⁵

⁴ *Ibid.*, 177.

⁵ *Ibid.*, 178.

En este orden de ideas, es decir, en el de las preferencias lingüísticas de Ricardo Garibay, es preciso establecer una distinción entre el diccionario privado del escritor —provisto no de “unas cuantas docenas”, sino de miríadas de vocablos—, y los diccionarios particulares de sus criaturas literarias y periodísticas, porque, así como la vocación profesional de nuestro autor fue dominar el estilo para poder fusionarse con los temas y los personajes de sus textos, su virtuosismo técnico le permitió mimetizar las palabras ajenas sin deformarlas, dejarse poseer o habitar por las hablas de los otros... y vaya que Garibay tuvo talento para la ventriloquía literaria: por las páginas de *Acapulco* y de *Chicoasén* pululan los manierismos verbales de muy diversas personas. Así, las crónicas de Garibay son interesantes no solo por la relevancia social o antropológica de la materia que abordan, sino por el perspectivismo polifónico a partir del cual están estructuradas.

Es oportuno ahora proveer algunas muestras notables de la escritura garibayana que ilustren las virtudes que he destacado. A propósito de perspectivismo polifónico y de diccionarios personales, vale la pena comparar entre sí algunos pasajes de *Chicoasén*. En el primero, el escritor “le presta la pluma” a un ingeniero, y lo hace explicar, con la rotundidad e importancia que el caso amerita, la magnitud (tanto física como social) de la central hidroeléctrica en construcción; aquí, el estilo roza lo sublime: el contrapunto de los enunciados y el ritmo del fraseo son típicos del autor, Garibay en cuerpo y espíritu:

Durante todos los días de muchos años, y veinticuatro horas diarias, [los ingenieros] tienen sus potencias puestas en *la obra*, en la porción de *la obra* que cada uno atiende. [...] —Hace mucho tiempo, ya no sé cuántos años, que solo pienso en paredes de montaña, en resistencia de rocas y en inyecciones de concreto —me decía un ingeniero encargado de robustecer, con cemento, cerros debilitados por la acción de muchos otros ingenieros—. Túneles para el paso de vehículos, colosales cavernas para la instalación de las casas de máquinas, túneles para el desfogue de las aguas, gigantescas rebanadas a fuerza de dinamita para el desvío de las corrientes, para la creación de nuevos cauces, desequilibran los cerros, debilitan las paredes naturales, roen la entraña. Y si tú eres quien sabe,

y dejas de pensar en eso, si te distraes o te alejas más de la cuenta de los deslaves y derrumbes, la catástrofe se te deberá con sus centenares de muertos, sus miles de millones de pesos perdidos, su contribución acaso irremediable al atraso de tu nación.⁶

En un pasaje posterior, en cambio, la pluma es del escritor, pero la mano que la mueve con total desparpajo es la del ingeniero entrevistado; el contraste estilístico se aprecia de inmediato, así como el hecho de que en este libro hay, por lo menos, dos versiones de la realidad de la hidroeléctrica de Chicoasén, la del periodista y la del entrevistado:

—¿Y en qué consiste su trabajo, ingeniero?

—Os... son cosas técnicas, pero... sí, mire: tiene usted un suelo que es puro lodazal ¿sí? Lodo, pero lodo que es agua, a trescientos metros bajo la tierra ¿sí? Y usted tiene que dejar allí un suelo parejito, de concreto, tersesito y sobre ese levantar una sala de treinta metros de altura y cien de largo para putamadral de máquinas ¿sí? ¿ah, pero sin que se le venga abajo la pinche montaña! [...] ¡No así en palabras es merengue, pscómo no! ¡Pero es padre! Podrá uno decir yo trabajé en Chicoasén. La pinche luz que te está alumbrando ¡la hice yo!⁷

36 | Agreguemos a estas dos voces una tercera: ¿qué piensan y dicen los obreros, los albañiles de Chicoasén? Parecen pensar lo mismo que el jocoso ingeniero recién citado: ¡qué satisfactorio es saber que la energía eléctrica de México la genera (así sea parcialmente) mi trabajo!; sí, lo mismo creen los obreros, pero cuánto más orgullo, dolor y rabia se deja oír en sus palabras, tal como las capta y las transcribe Garibay:

Bebiendo ron toda la noche de un sábado, con varios trabajadores, en San Fernando, dijo uno al que le dicen El Chumis:

—Yo te voy a decir, yo te lo voy, que por qué, que de dónde, que cómo me vine, que tengo, porque sí la tengo, la soberbia de ser trabajador en Chicoasén, porque sí la tengo y todos la tenemos, pregúntales... ¿Sabes por qué? Porque si tú vives a mil kilómetros o a dos mil o a tres mil, y enciendes un foco, ese foco me lo debes, yo soy ese foco, quiero decir, espérate, si tú

⁶ Ricardo Garibay, *Chicoasén*, 19-20.

⁷ *Ibid.*, 23

necesitas energía para tu máquina, a mil o a tres mil kilómetros, yo soy el ruido de tu motor, me debes tu motor, porque nosotros hemos trabajado aquí, ya nos vistes, nos estás viendo trabajar, cuatro y cinco años rompiéndonos la madre para que ustedes tengan su luz y su energía y para que México... sí este... Se le olvidó al Chumis lo que seguía.⁸

El discurso se va saturando de emoción, se abruma a sí mismo y desemboca en un anacoluto; la voz pierde el hilo del pensamiento... pero la suma de todos esos rasgos confieren fuerza plástica al pasaje y contundencia al sentido, aunque el obrero no pueda expresar en palabras el supuesto progreso de México, un progreso que quizá fuera entonces (como ahora) un espejismo, una meta difícil de alcanzar, porque el camino hacia ella está poblado de obstáculos, los mayores de los cuales suelen ser unos cuantos mexicanos con delirio de grandeza, a los que Garibay llamó, en *Acapulco*, lapidariamente, “homúnculos todopoderosos”⁹, encaramados en pedestales de guacales.

Acapulco, el libro, es un *Tour de force* en más de un sentido, porque, para escribirlo, Garibay tuvo que adentrarse en los barrios bravos del puerto, vencer la desconfianza de los guerrerenses (natural con cualquier chilango, pero más exacerbada en aquellos años de represión estatal cotidiana), aguantar las agresiones de algunos vecinos (en el primer capítulo, le asesinan a su perro), aceptar protección policiaca, resistir los intentos de cooptación intelectual por parte del gobierno estatal, y sobrevivir a todo ello en un ambiente de juerga interminable, peregrinando de bar en bar y de tugurio en tugurio. Ofrezco ahora un par de citas aperitivas, para estimular la sed de leer esta formidable crónica. Al comienzo del texto, nos bebemos un tequila derecho: el encuentro entre Garibay y el Gobernador Rubén Figueroa (en la alberca de su casa, rodeado de guaruras), en el que se establece el peligroso desafío que significa para el periodista frotar la realidad social en la cara del poder político:

Bueno, mi dilecto amigo periodista y escritor y catedrático y todo lo demás, que han de saber que es mucho y muy bien desempeñado, porque aquí mi amigo es personalidad sobresaliente en la vida de la República —sonrisas,

⁸ *Ibid.*, 99.

⁹ Ricardo Garibay, *Acapulco* (México: Grijalbo, 1979), 154.

aprobaciones, murmullos de complacencia, palmeos de espalda— y viene a escribir un libro donde va a contar la verdad de Acapulco —admiraciones, palmeos, complacencias, perplejidad de los militares—, y solo la verdad y nada más que la verdad, como dicen los ingleses esos de Scotland Yard ¿o no es así, Garibay?

—Tal como lo dices, Rubén.

—Pues ya ves qué fácil ha sido arreglar tus problemas. Ya ves qué fácil es cuando los chicharrones que truenan son nomás los propios chicharrones. [...]

—Gracias, Rubén. De veras, gracias.

—Pero ¿vas a decir la verdad?

—La voy a decir

—¿Toda...?

—Toda.

—¿Y si tienes que chingar a tu amigo? — y se señala. Grandes risotadas. Una especie de colectivo eructo de júbilo, temores y descaros.

—¿Eh? A ver...

—Con la verdad no espero chingar a mis amigos.¹⁰

El segundo trago es más bien un Martini: ginebra helada, injerto de vermut y pirotecnia cerebral, anuncio de la aventura vertiginosa que el periodista y sus lectores van a emprender:

Venir a vivir a Acapulco a verlo vivir es empresa a ratos sin sentido, porque el pequeño puerto que veías en una nuez se te aleja hasta el millón de habitantes, y parece que estos no paran jamás de día ni de noche, y como de algún modo son vidas entreveradas, una te lleva a otra y estas a las de allá y etcétera y tú no acabas de atar cabos; y luego, como vienes de oficio, porque dijiste tengo un afán desde hace tiempo pero no hallo forma de comenzar, y te dijeron ¿qué afán? y dijiste escribir un libro sobre Acapulco, Acapulco en la mano, pero mientras lo escribo de qué vivo, y te dijeron lo financiamos, ya, cuando sales, y dijiste mañana temprano y aquí estás, o sea que como vienes de oficio: ¡ya qué pasa, sacúdete, despierta, hace dos horas que no te asombras, llevas diez minutos sin conocer a nadie más, no te han contado nada inaudito desde ayer en la madrugada, y esto se

¹⁰ *Ibid.*, 19-20.

acaba, Acapulco desaparece ¿qué esperas? ¡Dentro de un rato se habrán perdido para siempre las noticias que has venido a recoger! Sin sentido, pues, la pequeña empresa, o con el solo sentido del reportaje —única forma actual de la literatura—: lo que no descubres al primer golpe de vista no existe, o no debería existir.¹¹

Deseo cerrar este breve ensayo aludiendo a una virtud adicional del escritor: la constancia. De la constancia de nuestro autor habla la anécdota que da título a este breve homenaje; se trata de un pasaje de *Chicoasén*, que evoca a *Acapulco*, y que él escribe para alabar la dedicación de los ingenieros civiles de la presa. Yo quiero citar la anécdota para encomiar la tenacidad incansable de Ricardo Garibay:

Hay en Acapulco una especie de abejorros negros, de vuelo muy veloz y silencioso que pueden detener[se] en un instante para mantenerse inmóviles a media altura frente al tronco del mango, que es durísimo. El abejorro contempla mucho tiempo el tronco —parece—, y lo ataca de pronto con su aguijón largo y tieso y empieza a taladrarlo. En eso pasa hora tras hora hasta que se cae al suelo, exhausto, muerto se diría. A la mañana siguiente revive y vuelve a lo mismo: fijo por la fuerza de sus alas, en el aire, frente al agujero que ayer empezó. Y ataca de pronto, taladra y taladra, y cae muerto. Y a la mañana siguiente etcétera. Cuando acaba su tarea, desaparece y aparece otro día con la hembra, y en la casa nacen los abejorritos. —Mire, señor, ahí está el ingeniero García [...] ahorita está aquí en la cortina, es el que dirige los trabajos últimos [...] por si quiere usted entrevistarlos...

—Déjelo, don Antonio, está peleando con su tronco.

—Está... ¿cómo dijo señor?

—Vámonos, don Antonio.¹²

Trabajar, taladrar el texto con el aguijón de la pluma, hasta caer muerto; revivir y volver a lo mismo, hasta terminar *La Obra*: también de esta manera se consigue que el estilo sea el hombre.

¹¹ *Ibid.*, 45-46.

¹² Ricardo Garibay, *Chicoasén*, 28-29.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.